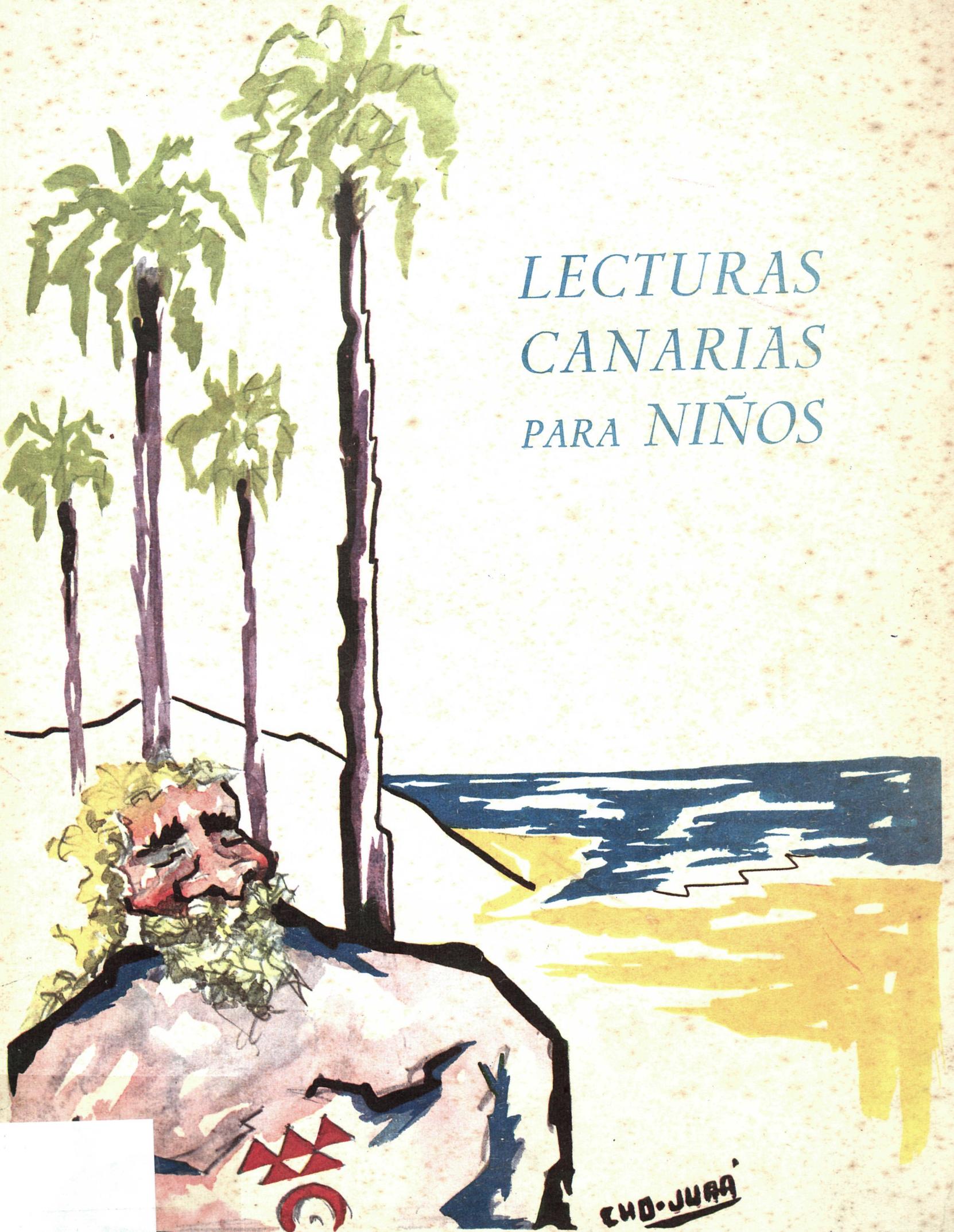


*LECTURAS
CANARIAS
PARA NIÑOS*



ST
BIG
700

END-JURR

FONDO
José Miguel
Alzola

A Yori Miguel Alzola, poeta,
y matrimonio historiador y biógrafo, entrañable
amigo.
con un abrazo
3/5/65. Y del Rio



A mis nietos:
FÁTIMA, SANDRA, MIRIAM
Y JUAN MANUEL.

EL AUTOR.

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

*LECTURAS
CANARIAS
PARA NIÑOS*

Por Juan del Río Ayala

Ilustrada por
Eduardo Millares Sall "Chojuaá"

*J. M. Alzola
Peregrina, 15
Las Palmas de G.C.*

-780022-

EDICION REALIZADA POR LA COMISION MUNICIPAL DE ENSEÑANZA Y CULTURA

I

UN ARCHIPIELAGO SINGULAR

Todos vosotros sabéis que un archipiélago es un conjunto de islas, relativamente próximas unas a otras, constituyendo una unidad geográfica situada en pleno océano, o gran extensión de mar.

Claro es que algunos archipiélagos están próximos, o adyacentes, a los continentes y otros más adentrados en el mar, o sea más aislados, pero todos tienen un sello especial que les hace diferir de esas enormes extensiones de tierras comprensivas de diversos países y climas, de distintas lenguas y razas y que, precisamente, por contener tantas cosas tan variadas se llaman continentes. Los archipiélagos, a pesar de tener sus tierras separadas por brazos de mar, tienden a la igualdad en todas esas cosas distintas de los continentes: un clima igual para todas, un país, una raza, una misma lengua... esto es lo que se llama una unidad geográfica. Pero el sello más característico de todos los archipiélagos es que saben y huelen a mar.

El mar es quien manda en los archipiélagos y está presente en el aire con sus brisas salitrosas; en el paisaje con sus limpios horizontes; en las gentes, muchas de ellas con costumbres y aficiones marineras.

Las Islas Canarias constituyen un archipiélago bastante próximo al Continente de Africa, aunque casi nada tiene que ver con él. Antiguamente se le llamó de las Islas Afortunadas, y en verdad que mereció este nombre.

Está compuesto por siete islas y seis islotes. Las islas, siguiendo la marcha del sol, desde que

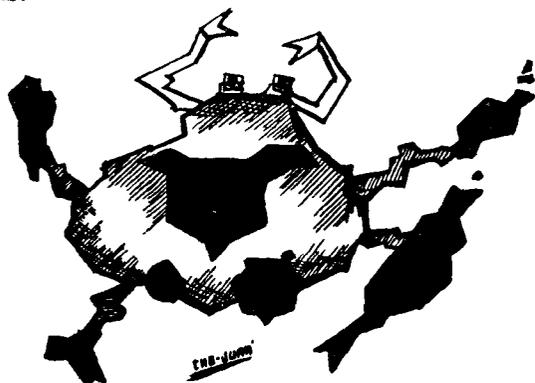
nace hasta que se pone, son: Lanzarote, Fuerteventura, Gran Canaria, Tenerife, Gomera, San Miguel de La Palma y el Hierro. Los islotes se llaman: Alegranza, Graciosa, Montaña Clara, Roque del Este, Roque del Oeste e Isla de Lobos; de éstas, las cinco primeras están agrupadas al Norte de Lanzarote y la Isla de Lobos está junto a Fuerteventura y os gustará saber que se llama así porque en otro tiempo abundaban en ella las focas a quienes la gente de mar llamaban, por aquellos tiempos, lobos marinos.

Pero estos nombres de las siete islas mayores no han sido siempre así. Plinio, que fue un ilustre escritor romano, allá por los años del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, quien sabía muchas cosas de las Islas Afortunadas aprendidas de un rey bereber llamado Juba, nos dice que sus nombres en la antigüedad eran otros que, después de muchos estudios, los historiadores han podido averiguar que se correspondían con los actuales de la siguiente manera:

Lanzarote	se llamaba	Capraria.
Fuerteventura	”	Herbania.
Gran Canaria	”	Canaria.
Tenerife	”	Nivaria.
Gomera	”	Junonia Menor.
La Palma	”	Junonia Mayor.
El Hierro	”	Ombrios.

Nombres todos latinos y alusivos a la abundancia de animales o cosas que había en cada

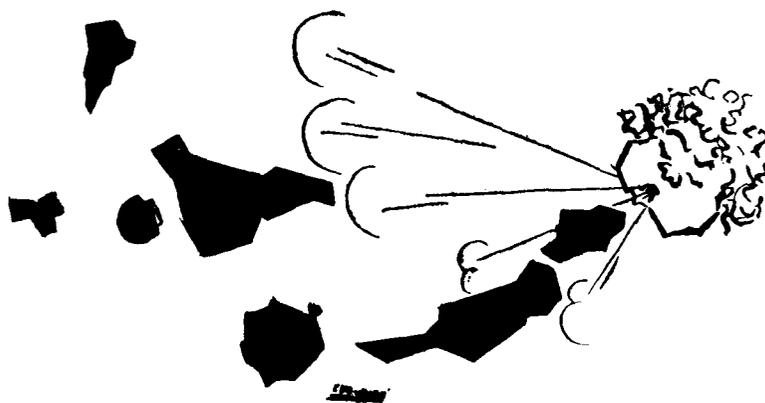
una de ellas. Así CAPRARIA, por las muchas cabras; HERBANIA, por la mucha hierba; CANARIA, por los muchos perros, que en latín se dice can; NIVARIA, por la mucha nieve que luce el pico de Teide; Las dos JUNONIAS por ser las menores o novicias de la familia; OMBRIOS porque alude a la abundancia de nubes y nieblas que la sombrea. Pero observad algo muy curioso: la única que conserva su nombre antiguo es la Gran Canaria y de ella toma su nombre actual el Archipiélago: las Islas Canarias.



El archipiélago canario está en el Océano Atlántico, muy próximo al Trópico de Cáncer; esa línea imaginaria que limita por el Norte a la llamada Zona Tórrida, donde siempre hay muchísimo calor. Esto quiere decir que en el Cielo de Canarias domina la Constelación de Cáncer o el Cangrejo, y por eso las hemos pintado sobre este crustáceo, siguiendo la idea de un ingeniero italiano llamado Leonardo Torriani, que en 1599, se le ocurrió hacer un mapa de las islas de tan graciosa manera.



También este archipiélago está bastante cerca de la más seca y árida región de Africa, que se llama Desierto de Sahara.



Pero hay un viento constante, llamado ALISIO, que sopla sobre las islas. Este viento procede del Norte; aunque por un efecto de rotación de la tierra parece que viene del nordeste. Es muy fresco y cargado de humedad.

En el Océano Atlántico hay una gran corriente marina que procede del Norte de Europa, y que, después de chocar con las Islas Canarias se dirige hacia América. Se llama la Corriente del Golfo.

Estos cuatro fenómenos puramente geográficos obran sobre el clima de Canarias de la siguiente manera.

La Zona Tórrida, presta calor húmedo.
El Desierto del Sahara, calor seco.
El viento ALISIO, nubes abundantes.
La Corriente del Golfo, aguas marinas frescas.

Y resultado de todo esto:

**UNO DE LOS CLIMAS MAS DULCES
Y AGRADABLES DEL MUNDO**

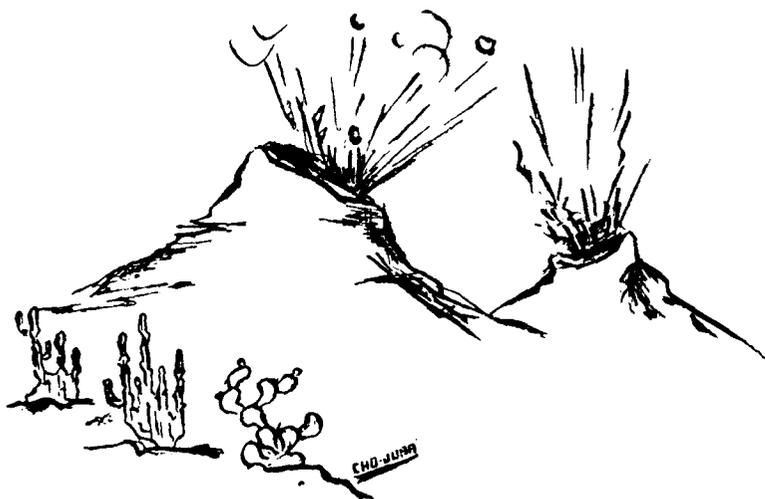
Las Islas Canarias son de origen volcánico. Esto quiere decir que surgieron del mar empujadas hacia arriba, hacia la superficie, por la fuerza de las erupciones volcánicas submarinas y, ya emergidas, siguieron creciendo a expensas de esos mismos volcanes, que ya no eran submarinos sino que se manifestaban sobre de sus superficies con el sublime espectáculo de las llamadas, bombas y cenizas ardientes y las riadas de lavas o rocas fundidas al más encendido rojo de las ascuas.

Las huellas imperecederas de los volcanes son patentes en todo el archipiélago en inmensas calderas o cráteres de lavas ya petrificadas, en rocas eruptivas como los basaltos y las traquitas.

Algunas de las islas, las más, tienen su vulcanismo apagado, o sea que hace muchos miles

perder su característica dulzura, es también muy variado.

Por todas estas causas de suelo, valles, montañas y clima, las Islas Canarias tienen muchas peculiaridades que las hacen notables en todo el mundo. Así:



de años que no se registra en ellas una erupción volcánica, pero en tres de ellas, Tenerife, La Palma y Lanzarote, aún suceden erupciones de vez en cuando y como resultado de todo este aparato eruptivo todas ellas, incluso los pequeños islotes, son de suelo áspero, agrio y montañoso en extremo, alcanzando sus cumbres respetables alturas como en:

Tenerife, que llega cerca de los 4.000 metros con el Pico Teide.

La Palma, cuyas cumbres sobrepasan los 2.000 metros.

Gran Canaria, que alcanza los 1.950 metros en el Pico de Los Pechos.

Por esta profusión de montañas, valles y alturas diversas sobre el nivel del mar, el clima, sin

Unas ciento treinta especies de plantas privativas de Canarias.

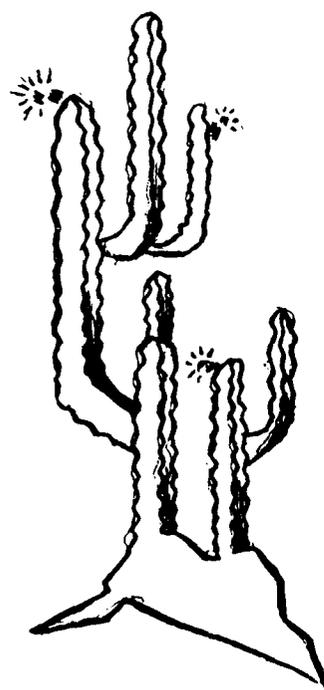
Muchas especies de peces privativos de los mares canarios.

Muchas especies de insectos privativos de Canarias.

Algunos pájaros entre los cuales está el Canario.

Algunas razas de cabras y perros como el conocido por majorero.

Por ello este Archipiélago Canario es un archipiélago singular.



II

EL ARBOL QUE GUARDABA UN DRAGON

Todos los pueblos de la antigüedad dedicaron a las Islas Canarias la más ardiente atención, viéndolas siempre como un país de ensueño y aventura; de tal manera que no las conocían por otro nombre que el de Islas Afortunadas.

Los fenicios, aquel pueblo comerciante que navegaba constantemente, las visitaban muy a menudo para recoger en sus playas unas conchas de las cuales obtenían un bellissimo tinte rojo conocido por púrpura de Tiro.

Los cartagineses, herederos de los fenicios, sostenían con Canarias un comercio muy activo.

Juba, el rey de la Mauritania Líbica, las estudió científicamente a través de las muchas expediciones que mandó a ellas.

Los poetas griegos y romanos les dedicaron su atención e hicieron incidir en el Archipiélago Afortunado las fábulas más maravillosas y muchas de las bellas mentiras de sus mitos. Los romanos situaron en estas islas los Campos Elíseos a donde creían que iban a gozar de la felicidad eterna las almas de sus héroes, pero los griegos inventaron sobre de ellas la bellissima fábula del Jardín de las Hespérides. Os gustará conocerla.

Este era un enorme jardín poblado de las más raras y hermosas plantas de la tierra, algo así como un paraíso terrenal, y de él cuidaban unas doncellas llamadas Hespérides hijas del gigante Atlante, quién sostenía el mundo sobre sus anchas espaldas.

En lo más frondoso de este jardín crecía un extraordinario árbol que era además el más valioso de todos: un manzano que daba, en gran cantidad, unas hermosísimas manzanas de oro macizo. Por ello, tanto las doncellas Hespérides como su padre el gigante Atlante, habían puesto a guardarlo un fiero y descomunal dragón; uno de aquellos animales mitológicos de piel escamosa como la de un reptil, de muchas cabezas con terribles fauces armadas de cortantes dientes, ojos inyectados de fuego, cresta erizada en púas punzantes, patas armadas de fuertes garras y larga cola movediza como una serpiente terminada en venenoso dardo. Así, noche y día, guardaba la espantosa bestia el precioso árbol de las manzanas de oro: atronando los valles con sus rugidos hasta hacer estremecer a las montañas, iluminando el cielo y la tierra con las llamaradas que salían de sus muchas bocas.

Heracles era un semidiós en el que se concentraban la fuerza, la agilidad y la astucia, y al saber de la existencia de este maravilloso árbol le tentó la idea de robar las codiciadas manzanas para ofrecérselas como un presente a Gea, la diosa madre de la Tierra, y con él ganar su protección: mas la fiereza y la enorme corpulencia del dragón que las guardaba era un invencible obstáculo para consumir su latrocinio y así tuvo que desechar su gran fuerza, con la que ya otra vez había vencido a un león, y recurrir a la astucia, a la agilidad. Por la primera concibió el preparar unas tortas con semillas de adormideras —que es una planta que produce sueño— y poniéndolas al alcance del dragón éste las comió y se quedó momentáneamente dormido. Por la segunda saltó sobre el manzano y cogió todas las áureas

frutas que pendían de sus ramas y corrió veloz llevándolas en su seno sin que el dragón, ya despierto, pudiera alcanzarle.

Tomás Morales, uno de los mejores poetas canarios contemporáneos, canta esta fábula de una manera bellísima, en su Himno al Volcán.

**Y un día que al ensueño dabas, rendido, la ardiente entraña,
despertado, de pronto, por inaudito tropel sonoro,
viste pasar a Heracles que coronaba la nueva hazaña
llevando contra el pecho las encendidas manzanas de oro.
Con mengua de tu aliento fue consumada la audaz quimera;
contra empresa tan loca, nada en desquite tu esfuerzo pudo:
antes que el vivo arroyo de tu venganza corrido hubiera,
ya el detentor mancebo ganaba el agua, bello y desnudo...**



III

UNA NOBLE RAZA

Las siete Islas Canarias estaban habitadas, desde tiempo inmemorial, por una raza de hombres fuertes de cuerpo y sanos de espíritu; de costumbres morigeradas y fieles guardadores de su palabra.

Los antropólogos, que son los sabios que se dedican al estudio de las razas humanas mediante una serie de mediciones llevadas a cabo sobre los esqueletos, o huesos sueltos, de hombres que murieron muchísimos siglos atrás, han dicho que:

Los primitivos habitantes, o aborígenes de Canarias, pertenecen principalmente, a la antiquísima raza de Cromañón.

Hace muchos miles de años, en la que llamamos la edad de piedra, el hombre de aquel entonces, la mayoría de sus instrumentos de trabajo los fabricaba tomando como materia una piedra durísima llamada pedernal; vivía en el Centro de Europa esta raza que, para designarla de algún modo, llamamos de Cromañón, por la única razón de que fue en unos restos encontrados en la localidad francesa del mismo nombre, donde por primera vez la estudiaron los antropólogos.

A este Hombre de Cromañón mucho más inteligente que los hombres de otras razas que le precedieron y que incluso fueron contemporáneos de la suya, le tocó vivir en condiciones muy

duras por la razón de que el suelo de Europa estaba cubierto por una espesa capa de hielo. Entonces, para defenderse del frío, tuvieron que vivir en profundas cavernas, de las que sólo se atrevían a salir ante la necesidad de procurarse el alimento por medio de la caza, persiguiendo a los rebaños de renos y bisontes y, porque estos animales eran su constante obsesión, los pintaban en las paredes rocosas de sus cavernas, con tan patente realismo, que los sabios no han dudado en calificar al Hombre de Cromañón como el primer gran artista del mundo.

Acosados por el intenso frío y por las ansias de buscar nuevas tierras con mejores alimentos y más cálidas, comenzaron a emigrar hacia el Sur y, así, atravesaron España, pasaron al Norte de Africa y llegaron hasta el Archipiélago Canario, dejando en todos estos países una fuerte estela racial que la moderna ciencia de la prehistoria ha podido ir localizando en el largo camino de la lenta emigración de esta raza.

Entre los aborígenes de Gran Canaria había muchos de pelo rubio y ojos azules, que son unas de las varias características de la raza de Cromañón y entre las cuales están también, el tener la cara corta y ancha, una frente prominente aunque algo aplastada hacia atrás; la cabeza estrecha y larga y una mandíbula fuerte con la barbilla recta y, como ya habían evolucionado mucho en sus costumbres cuando se establecieron en las Islas Canarias, se dedicaban al pastoreo y a la práctica de una rudimentaria agricultura y sus instrumentos de trabajo, aunque continuaban siendo de piedra, eran finamente pulimenta-

dos en lugar de los groseramente tallados que usaban sus antecesores.

Los aborígenes de Gran Canaria, estaban organizados en una monarquía y su rey recibía el título de Guanarteme.

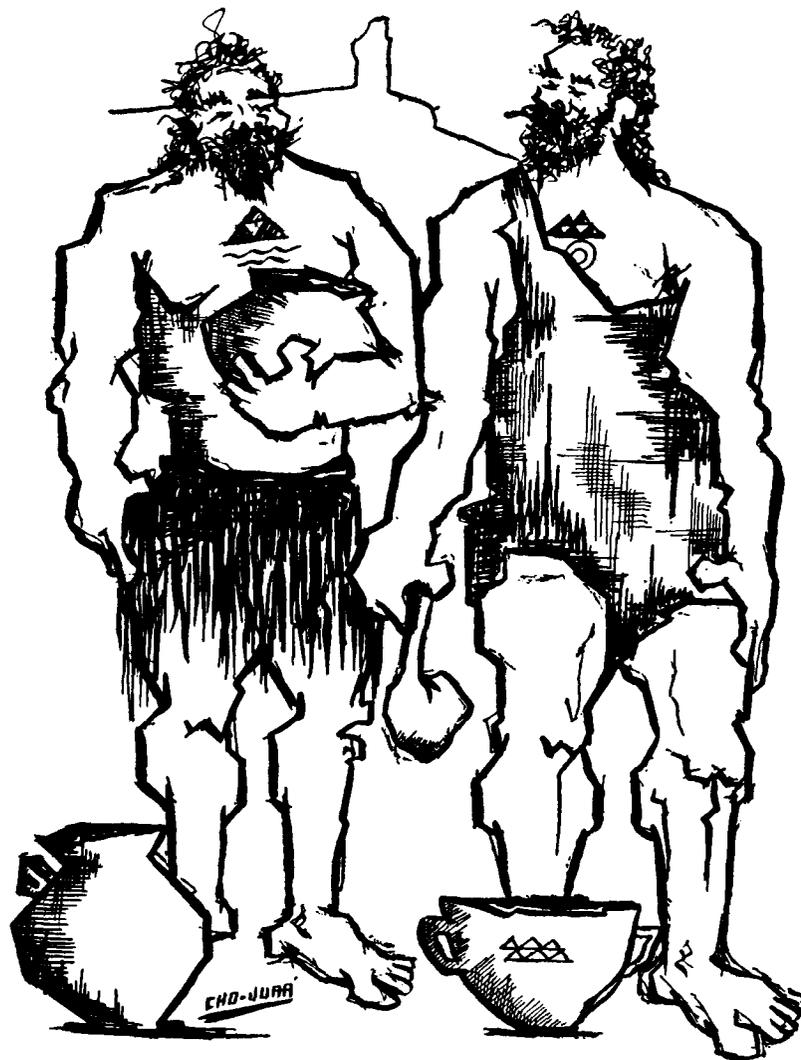
Vivían en cuevas y, también, en graciosas casitas semisoterradas, generalmente, con planta en forma de cruz. Se vestían con trajes hechos de pieles de cabritos finamente adobadas y con unos tejidos burdos de juncos silvestres.

Los sacerdotes de su religión eran unos hombres estimados por su sabiduría y grandes virtudes, con condición de guerreros y especie de monjes a la vez.

También habían unas mujeres consagradas al culto de Alcorac; especie de sacerdotisas que conocían las viejas tradiciones y se dedicaban a la educación de las doncellas nobles.

Un sacerdote se llamaba Faycán.

Una sacerdotisa se llamaba Harimaguada.



Eran muy dados a la danza que ejecutaban al son de tamborillos y cantaban unas canciones muy tristes.

Los aborígenes de Gran Canaria, adoraban a un solo Dios, que concebían como un sublime espíritu creador de todas las cosas y a quien llamaban ALCORAC.

Las harimaguadas, en las grandes fiestas que celebraban en ciertas épocas del año, subían a la cima de ciertos montes, tenidos por lugares sagrados, y derramaban leche y miel en honor de Alcorac. También, cuando había un tiempo de pertinaz sequía, iban en procesión llevando ramas de árboles y palmas hasta la orilla del mar y azotaban las olas con las ramas para que el agua subiera en forma de nubes a la tierra y se deshicieran en benéfica lluvia, mientras los pas-

tores, reuniendo sus ganados junto a los montes sagrados, les quitaban las crías para que las cabras y las ovejas balaran mucho llamándolas y así, con este ensordecedor concierto de balidos, mover a Alcorac para que tuviera conmiseración.

Los principales montes que hoy conocemos como sagrados en Gran Canaria son:
"Tirma" en el oeste de la isla.
"Bentayga" en el valle de Tejeda.
"Ansite" en el cráter de Tirajana.

La población de los aborígenes de Gran Canaria se dividían en dos castas: la de los nobles, que se distinguían por llevar el pelo largo, y la de los villanos, que llevaban la cabeza rapada, por lo que eran conocidos con el nombre de trasquilados.



El Guanarteme, o rey, gobernaba en unión de un consejo de nobles o ministros y celebraban sus asambleas en un recinto, todo amurallado alrededor, que se llamaba tagoror.

Los consejeros, o ministros del Guanarteme, se les designaba con el título de Guayres.

En el fragmento que sigue, del poema de un gran poeta tinerfeño, del siglo XVI, Antonio de Viana, podréis daros cuenta del carácter moral de esta noble raza.

Tenían todos por la mayor parte
Magnánimo valor, activo espíritu,
Valientes fuerzas, ligereza y brío,
Dispuesto talle, cuerpo gigantesco,
Rostros alegres, graves y apacibles,
Agudo entendimiento, gran memoria,
Trato agradable, noble y muy honesto.
Y fueron con exceso apasionados
Al amor y provecho de su patria.

IV

¿CANARIA? GRAN CANARIA

Hubo una dilatada época, que los historiadores llaman Edad Media, en la que las naciones cristianas tenían una gran preocupación: cuál era la de rescatar del poder de los mahometanos los Santos Lugares de Palestina que habían sido testigos del nacimiento, de la vida y milagros y del sublime sacrificio en la Cruz, de Nuestro Señor Jesucristo. Esta noble empresa se llamó de "Las Cruzadas" y fueron varias guerras, unas tras otras, en las que la flor y nata de los caballeros de las naciones cristianas lucharon contra los árabes-musulmanes. Con tanto guerrear y pensar en la guerra, los hombres europeos se olvidaron de muchas cosas que sabían los antiguos griegos y romanos, sin contar con que ya anteriormente la invasión de los bárbaros del Norte habían borrado muchas huellas del saber humano. Así el Archipiélago Canario quedó olvidado casi una decena de siglos.

Mas, cuando la efervescencia de las guerras pasó y los cristianos quedaron, en cierto modo, sosegados, se dedicaron a revolver viejos pergaminos y a sacar a la luz, en los "escritorium" de los monasterios los escritos de los sabios y de los poetas de la antigüedad. Es decir, hicieron renacer la sabiduría y la cultura clásica de griegos y romanos, por lo que esta época se llamó del Renacimiento.



Entonces se volvió a conocer la existencia de las Islas Canarias; pero como junto con las ansias de saber también se despertaron grandes deseos de navegar para descubrir nuevas tierras y nuevas rutas en mares desconocidos, muchas expediciones se dirigieron al antiguamente llamado Archipiélago Afortunado.

Todo el Renacimiento está ocupado por esta pasión de los descubrimientos transmarinos. Algunas repúblicas italianas y los Reinos de Portugal, Castilla y Aragón fueron las naciones que más de estas gloriosas empresas realizaron y debéis saber una cosa que os llenará de orgullo como españoles y canarios:

Los descubrimientos del Renacimiento, comienzan con el de Canarias y terminan con el gran descubrimiento de América.

Como en todas estas expediciones sucedía que a raíz del descubrimiento venía la acción de posesión o conquista de aquellas nuevas tierras para incorporarlas a la cristiandad, era lógico que el único poder sobre de la Tierra, capaz de conferir el derecho a poseer y conquistar, fuera el Jefe de los cristianos y cabeza visible de la iglesia. Así:

El Papa concedía a los príncipes cristianos la investidura de dominio sobre nuevas tierras y países.

Hubo un infante, taciturno y desgraciado, pariente de los reyes de Castilla, llamado Don Luis de la Cerda, que, al oír hablar del Archipiélago Afortunado, pidió aquel reino al Papa Clemente VI, a lo cual accedió el Pontífice gustoso. Por lo que:

Clemente VI, estando en la ciudad francesa de Aviñón, coronó en el año de 1344 al Infante Don Luis de la Cerda, como Rey de Canarias; dándole el título de Príncipe de la Fortuna.

Pero el día que tuvo lugar esta coronación, cuando El Príncipe de la Fortuna iba, luciendo cetro y corona de oro, rodeado de un lucido cortejo y aclamado por el pueblo, una fuerte y repentina lluvia torrencial deslució toda aquella gran fiesta y tomándolo el apocado y taciturno infante como un fatal presagio, renunció ir a la conquista y posesión material del Reino que el Papa le había concedido.

En un oscuro lugar de Francia murió, olvidado de todos, El Príncipe de la Fortuna; pero, desde entonces, por derecho de herencia de su pariente

Los Reyes de Castilla, tuvieron la investidura de legítimos soberanos de las Islas Canarias.

Cincuenta y ocho años más tarde de la coronación del Príncipe de la Fortuna en la ciudad de Aviñón, una nave francesa, después de muchas peripecias en su viaje, surgió en la Isla de Lanzarote. Venía en ella, con muchos capitanes y soldados, un noble que en el Noroeste de Francia, en la Península que llaman de Normandía, poseía muchos señoríos con dilatadas tierras y castillos y se llamaba Miser Juan de Bethencourt.

Como en aquella época solía hacerse que los reyes vendieran o cedieran a otras personas, mediante ciertos pactos de reconocimiento o sumisión, sus derechos de soberanía sobre determinado territorio, Juan de Bethencourt, después de reconocer la soberanía del Rey de Castilla sobre las Canarias, prestándole juramento solemne de sumisión, obtuvo de este rey el permiso y la aquiescencia para conquistar el Archipiélago.

Con cierta facilidad pudo, Juan de Bethencourt, conquistar las islas de Lanzarote, Fuerte-

ventura, la Gomera y el Hierro; pero deseaba ardientemente conquistar, porque de ella le habían hecho muchas alabanzas de su fertilidad, de su gran riqueza en ganados, de la belleza de sus campos y de estar muy bien poblada de hombres fuertes y valerosos, la que se llamaba solamente Canaria, y aunque suponía que no sería empresa tan fácil como la de las otras, un día se decidió a desembarcar en Canaria con mucha gente de guerra.



La embarcación de Juan de Bethencourt dirigiéndose a Canarias
Miniatura de (Canarién)

Tan pronto como Bethencourt tuvo todos sus soldados, caballos y pertrechos en tierra y todo perfectamente organizado, comenzó a avanzar hacia el interior de la isla; mas, percatados por medio de espías, los aborígenes canarios de aquella invasión de su isla, dando la alarma por los poblados vecinos, pronto se reunieron en gran número y arremetieron contra los invasores con todo el ímpetu y el coraje que les daba el celo por su independencia y su carácter extremadamente belicoso.

Tan tremendo fue el choque que, a los pocos momentos, los invasores fueron derrotados, iniciando la huida hacia la orilla del mar en demanda de la nave: muchos murieron y sólo unos pocos pudieron reembarcarse.

Cuentan que cuando Don Juan de Bethencourt, de pie en el castillo de popa, mientras la nave izaba las velas, recontaba a su gente y se percataba de que la flor y nata de sus guerreros habían muerto a manos de los canarios, exclamó dando gritos:

Esta no es Canaria: ésta es y será la Gran Canaria.

V

UNA CIUDAD EN UN BOSQUE DE PALMERAS

Muchos años transcurrieron, unos 74, sin que la isla de Gran Canaria, lo mismo que la de Tenerife y La Palma, pudieran ser dominadas, ni por Juan de Bethencourt, ni por los que le sucedieron en el señorío del Archipiélago Afortunado.

Por ello y deseando aquellos magníficos reyes que les decían católicos, Doña Isabel de Castilla y Don Fernando de Aragón, no sólo poseer estas tres islas e incorporarlas a la patria grande que estaban forjando con el nombre de España, sino de llevar a ellas la cultura y la fe de Cristo, tomaron bajo su especial cuidado la conquista de estas tres islas y, por haberlas hecho depender directamente de su poder real,

**Llamaron Realengas a Gran Canaria,
Tenerife y La Palma.**

Relacionado, en parte, con esto os gustará conocer una encantadora historia:

Era una hermosa mañana del mes de Junio del año 1478 —exactamente el 24 de dicho mes, día de la fiesta de San Juan Bautista— cuando recalaba en la entonces desértica bahía de las Isletas, hoy del Puerto de La Luz, una flota formada por algunas carabelas, sobre las cuales venía una nutrida tropa de hombres, de a pie y de a caballo, mandados por un caballero, muy apreciado por los Reyes Católicos, llamado Don Juan Rejón y el cual traía como lugarteniente suyo a

un joven clérigo, que había sido nombrado recientemente deán o canónigo mayor de la entonces incipiente diócesis de Canarias y que además venía como representante del también recién nombrado Obispo Don Juan de Frías; este deán se llamaba Don Juan Bermúdez.

La historia, a veces, nos presenta sorprendentes coincidencias: la conquista de Gran Canaria comenzó el día de San Juan Bautista de 1487 y bajo el nombre de tres Juanes ilustres: Don Juan Rejón, Don Juan Bermúdez y Don Juan de Frías.

Con mucha diligencia dispuso Don Juan Rejón el desembarco de toda aquella gente por la parte de La Isleta, exactamente donde hoy está la Iglesia de N^a S^a de La Luz, porque, más tarde, se edificó esta iglesia para conmemorar este hecho, y, como eran muy buenos caballeros cristianos, lo primero que hicieron, al poner los pies en la hermosa Gran Canaria, fue pedir al Deán Bermúdez que, allí mismo, celebrara la Santa Misa en acción de gracias por el feliz arribo. Entonces los marineros trajeron una gran tela de lona, que no era otra cosa que una de las velas de una nave, y con los remos de las lanchas la alzaron para que sirviera de techumbre y cobijo a un altar que habían construido los soldados amontonando piedras ásperas y quemadas de la lava de los volcanes. El Deán Bermúdez, sobre la pesada armadura de guerrero de aquellos tiempos,

se revistió con los sagrados ornamentos sacerdotales y, a la vista del mar y de la isla, que desde allí se domina en gran parte, alzó la sagrada hostia y el cáliz sacrosanto y, ante la presencia real de Jesucristo, Don Juan Rejón y sus soldados pidieron al Señor que los naturales de la Gran Canaria, aquellos hombres de aquella raza tan noble, pronto se convirtieran a la Fe Católica.

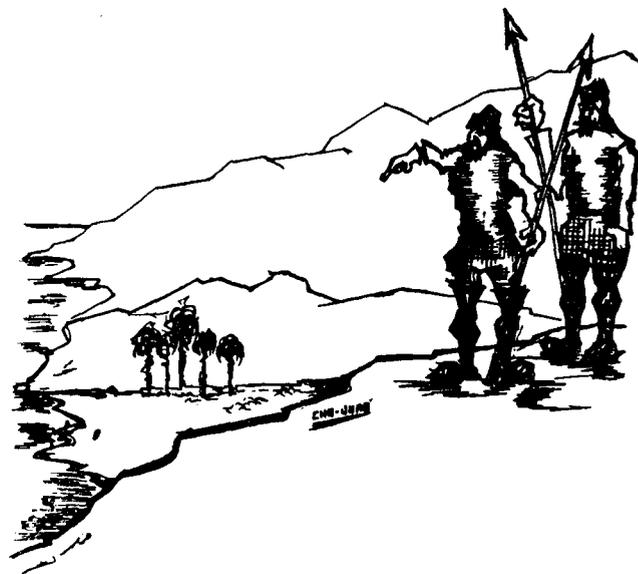


Pero La Isleta era un lugar áspero y desértico, carente de agua para beber, y Don Juan Rejón comprendió que allí no podría permanecer con sus soldados, so pena que perecieran de sed. Por ello, tan pronto el Deán Bermúdez acabó de celebrar la Santa Misa, ordenó que la tropa se pusiera en marcha hasta ver si Dios le deparaba un lugar con agua abundante donde poder establecer un campamento. Así salió de la áspera y volcánica Isleta por la orilla del mar; pero su desolación fue muy grande al encontrarse a continuación con un arenal extenso y árido, en el que las numerosas montañitas de arena obstaculizaban su marcha y le impedían ver a distancia temiendo a cada instante una emboscada de los aborígenes.

Preocupado y cabizbajo, ante tan enorme contratiempo, caminaba el noble capitán, cuando, de pronto, vio ante sí a una respetable anciana que, saludándole cortésmente, le dijo que disipara sus temores porque ella les conduciría a un delicioso lugar por donde corría un riachuelo de aguas frescas y cristalinas.

Ese riachuelo, se llama "Guiniguada"; lo que en lengua canaria quiere decir "por donde corre siempre el agua".

Algún tiempo caminaron los castellanos, guiados siempre por la sonriente anciana, por aquel reseco arenal, pero he aquí que, al coronar la altura de una duna, divisaron un delicioso valle en el que había un gran bosque de altísimas palmeras y del cual salía, como si fuera para sus oídos una gratisima música, el murmullo del agua que corría por un pedregoso cauce hasta perderse en el mar. Mas, cuando Don Juan Rejón se volvió hacia la anciana para agradecerle el favor que le había dispensado guiándole hasta aquel hermoso lugar, aquella mujer, como si se la hubiera tragado la tierra, había desaparecido a la vista de todos. Entonces, el suceso, tuvieronlo a milagro del Cielo y como Don Juan Rejón era muy devoto de Santa Ana y a ella se había encomendado para que le deparara la tan deseada agua para toda su tropa, no dudó en proclamar que aquella anciana no había sido otra que la propia Santa, madre de la Santísima Virgen María.



Pronto eligieron los castellanos un altozano en la orilla derecha del riachuelo y cerca de la ribera del mar frente a la cual fondearon las naves y descargaron los pertrechos y alimentos que traían y construyeron un recinto amurallado y rudimentarias casas donde alojar a la gente y establos para los caballos. Entonces todo aquello constituyó un campamento y, como en aquella época a los campamentos militares se les llamaba con un nombre, más sonoro y más latino, que era el de "real" y, además, estaba deliciosamente

sombreado por las palmeras del bosque que en lo alto mecían sus penachos de elegantes hojas a impulsos de la brisa marinera, Don Juan Rejón, mirándose en su lindo campamento lo llamó :

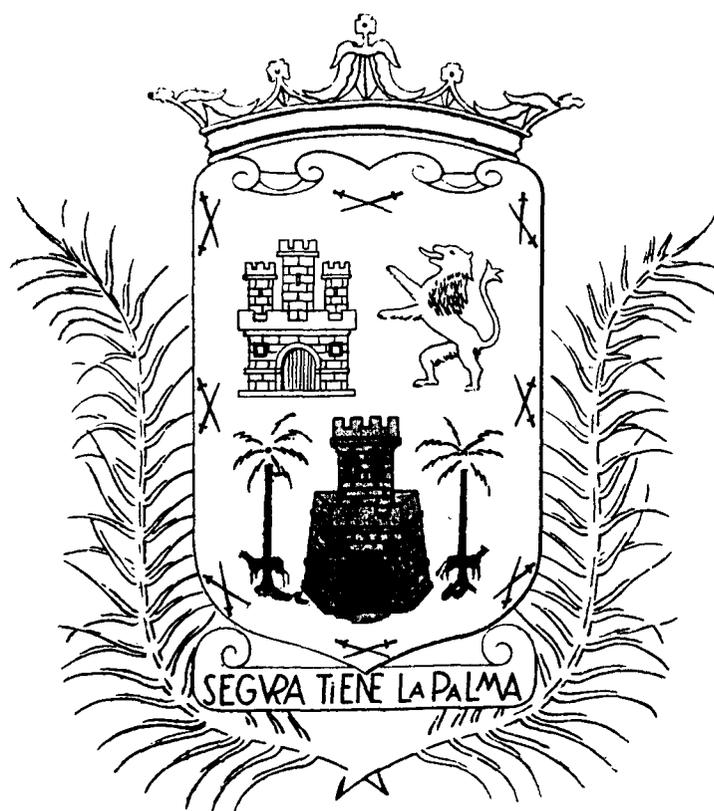
El Real de Las Palmas.

Pero muy pronto el campamento dejó de ser tal para convertirse en un auténtico poblado con algunas casas y una iglesia pequeñita que Rejón, en agradecimiento a la anciana sobrenatural que le había guiado hasta aquel lugar, quiso que fuera dedicada a Santa Ana y San Antonio Abad del cual también era muy devoto y como a poco vino, desde Sevilla, el Obispo Don Juan de Frías, éste consagró aquella iglesia pequeñita como la primera catedral de Canarias.

A pasos de gigante fue creciendo el poblado hasta convertirse en ciudad. Primero por entre las palmeras hacia una pequeña llanada que llamaron Vegueta; luego hicieron puentes y saltaron el riachuelo hacia otra gran llanada que quizá, porque entre la tropa había mucha gente sevillana, dieron en llamar Triana en recuerdo de un famoso barrio de su ciudad natal. Y así, al convertirse el campamento o Real de Las Palmas, en toda una hermosa ciudad, los Reyes Católicos, haciendo alusión a su origen, le dieron un título que aún conserva en nuestros días :

La Muy Noble y Muy Leal Ciudad del Real de Las Palmas.

Y también le dieron un escudo de armas de cuyos cuarteles dos son de Castilla y León y uno doble con dos palmeras y una casa fuerte, o castillo, cuya puerta está guardada por dos enormes perros. Todo muy alusivo al origen de la ciudad : porque la casa fuerte es el real, las palmeras representan el bosque que los cobijó y los perros, o canes, son de Gran Canaria. El escudo tiene una orla con espadas entrecruzadas y un mote que dice : **SEGURA TIENE LA PALMA.**



VI

EL HOMBRE DE LAS NARICES ANCHAS

Aunque El Real de Las Palmas creció y prosperó rápidamente, como habéis visto en el capítulo anterior, esto no fue de una manera muy feliz. Los hombres, a veces, suelen ser mal avenidos y contra Don Juan Rejón se movieron múltiples intrigas que, al fin, dieron al traste con su buen gobierno y dividieron al campamento en dos bandos contrarios.

Por otra parte, desde que el real fue establecido, los canarios no cesaban de atacarlo tratando de destruirlo ya que, como habéis visto eran muy celosos de su independencia.

Uno de los aborígenes más obstinados en atacar, de día y de noche el real, fue DORAMAS.

Este hombre, tenía unas narices enormes y achatadas, o sea, muy anchas. Por este defecto físico, recibió su nombre, o mote, ya que Doramas, en lengua canaria parece que significaba eso: "el de las narices anchas".

Pero esta cualidad de las narices de este hombre más que un defecto físico era una muestra patente de su carácter valiente y voluntarioso, hasta el punto de ser un guerrero temido no sólo de los castellanos sino también de sus propios connaturales.

Doramas, por su nacimiento, era de la casta de los trasquilados; un villano, un paria: un ser

humano que a nada tenía derecho; ni tan siquiera a usar pelo en su cabeza teniendo que raparsela todos los días con un cuchillo de piedra, como todos los de su casta, mientras que los nobles lucían magníficas cabelleras que les llegaban hasta los hombros.

Un día, Doramas, sintiéndose rebelde a esta situación, reunió en su torno a gran número de trasquilados como él y se fueron ante el trono del guanarteme a protestar de esta injusta diferencia entre hombres de una misma raza y de un mismo pueblo que habitaban la hermosa isla de Gran Canaria.

Pero como esta diferencia de castas era ley impuesta desde tiempo inmemorial y los canarios eran respetuosos con las costumbres de sus antepasados, el guanarteme se enfadó mucho y maldijo a Doramas acusándolo de hereje y revolucionario, previniéndole de que Alcorac, el gran espíritu, castigaría su osadía; cosa que corroboraron los guayres y faycanes o sacerdotes.

Mas, Doramas, sin atemorizarse lo más mínimo por este terrible anatema que lo hacía reo de desobediencia, se escapó de Gáldar y, seguido por sus partidarios, se encaminó a la comarca de Telde, en el Sur de la isla; allí luchó y venció a los nobles que la gobernaban en nombre del rey, o guanarteme de Gáldar, y se proclamó así mismo guanarteme de Telde, obligando a la nobleza y demás habitantes de aquella comarca sureña a prestarle acatamiento.

Ante todo esto fue grande la consternación del guanarteme de Gáldar y sus guayres o minis-

tros. Ello suponía la división perniciosa de la isla en dos reinos y el antagonismo entre dos castas, lo que acarrearía la anarquía y la destrucción de las leyes ancestrales. Pero entre aquellos ministros del rey de Gáldar había uno, llamado Bentaguayre, que se juró así mismo y en silencio, solucionar aquella situación en bien de su atribulado guanarteme y de su país.

Bentaguayre era muy fuerte, muy astuto y muy diestro en la lucha que, con ligeras variantes, era la misma que hoy se usa en Canarias como deporte regional. Un día se encaminó al distrito de Telde y en una llanada divisó a Doramas apacentando sus ganados y completamente solo. Entonces se fue hacia él y arrojándole un puñado de tierra a la cara, en señal de reto, le desafió a luchar.

Los guanartemes y demás nobles, apacentaban ellos mismos sus ganados, porque el pastoreo, era un signo de nobleza.

Doramas, cegado por la tierra, no pudo ver a quien le desafiaba, pero aceptó el reto con coraje. Ambos hombres lucharon terriblemente y por largo tiempo, hasta que Bentaguayre, aprovechando un descuido de Doramas, pudo derribarlo y echársele rápidamente encima para oprimirlo contra el suelo tan fuertemente que Doramas sentía que le faltaba la respiración. Entonces hubo un corto diálogo entre los dos luchadores:

Doramas.—¿Quién eres tú que me oprimes como el gavilán al pajarillo?

Bentaguayre.—Conócete a tí mismo y confiesa lo que eres.

Doramas.—Soy un trasquilado, hijo de trasquilado.

Bentaguayre.—Luego, eres indigno de ceñir la corona y de empuñar el cetro de guanarteme.

Doramas.—Te empeño mi palabra de que abandonaré el trono de Telde.

Bentaguayre.—Y yo te empeño la mía de que nadie conocerá este lance.



Y como ya sabéis que los canarios eran fieles guardadores de la palabra empeñada, Bentaguayre mantuvo su secreto de tal manera que nadie jamás supo que había vencido al terrible Doramas y éste abandonó la comarca de Telde y se fue a vivir con sus huestes en una maravillosa selva que estaba situada en la parte de Moya.

El poeta canario, que vivió en el siglo XVI, Bartolomé Cairasco, conoció esta selva, cantándola así:

Este es el bosque umbrífero
 Que de Doramas tiene el nombre célebre
 Y aquestos son los árboles
 Que frisan ya con los del monte Líbano

 Aquí de varia música
 Hinchán el aire los pintados pájaros,
 La verde hiedra errática
 A los troncos se enreda con sus círculos;
 Y, más que hielo frígidas,
 Salen las fuentes de peñascos áridos.

 Aquí pues, de la próspera
 Fortuna está gozando un fuerte bárbaro
 Que por sus propios méritos
 Alcanzó la corona y regia púrpura
 Y en la terrestre máquina
 Es celebrado en ejercicio bélico:
 Doramas es el inclito
 Nombre de aqueste capitán indómito.

Desde la enorme y maravillosa selva bajaba Doramas, al frente de sus temibles guerreros, y muy a menudo, a importunar a los capitanes cas-

tellanos del real y, como era su costumbre, a desafiarles a que salieran a luchar con él uno a uno y caballerosamente, venciendo siempre Doramas por la destreza con que manejaba una pesada espada de madera endurecida al fuego que llamaban "magado".

Después de cierto tiempo, y a causa de las tremendas e injustas rencillas que se producían en el real, Don Juan Rejón fue destituido de su cargo de gobernador y capitán de la conquista y entonces vino a sustituirlo Pedro de Vera, un hombre de conducta torva y aviesa y de sentimientos sanguinarios.

Un día, Pedro de Vera salió del real, con sus soldados castellanos, con intención de ir a conquistar la ciudad de Gáldar y prender al guanarteme y sus guayres, pero habiéndolo sabido Doramas decidió cortarles el paso a los castellanos, en defensa de aquel mismo guanarteme que una vez le maldijo.

Cerca del pueblo de Arucas se presentó el caudillo aborigen a Pedro de Vera, diciéndole arrogantemente:

"No sacrifiques a ninguno de tus soldados, al igual que yo no deseo sacrificar a mis hombres. Ven y lucha tú sólo conmigo. Si tú vences, libre tienes el paso hasta la morada de mi guanarteme, pero si yo fuera vencedor, desde hoy no ha de quedar un castellano en Gran Canaria."

Aceptó Pedro de Vera el desafío de Doramas, mas, mientras ambos luchaban, un escudero de Vera, tomando una lanza, hirió a Doramas por la espalda y éste cayó al suelo moribundo, mientras increpaba al conquistador:

"No has vencido tú, sino la traición del que me ha herido."

Pedro de Vera mandó que le cortaran la cabeza y, clavada en una pica, la llevó al real como un trofeo.

VII

EL PINO DE LA MADRE DE DIOS

En contraposición de las feas acciones que con los canarios usaba el gobernador Pedro de Vera, el Cielo hubo de mandar a Gran Canaria una persona llena de bondades y caridad cristiana que los entendiera y los amara. Fue esta persona aquel primer Obispo de Canarias llamado Don Juan de Frías, porque aunque muy dolidos y recelosos estaban los aborígenes por los engaños que les hacía Pedro de Vera, las formas de tratarles que usaba el Obispo, atrayéndoles por las buenas, hicieron que poco a poco se fueran familiarizando con los castellanos.

Don Juan de Frías era el amigo leal de los canarios y estos venían al cobijo de la mitra y el báculo del virtuoso prelado para contarle sus culpas y muchos, recibir el santo bautismo.

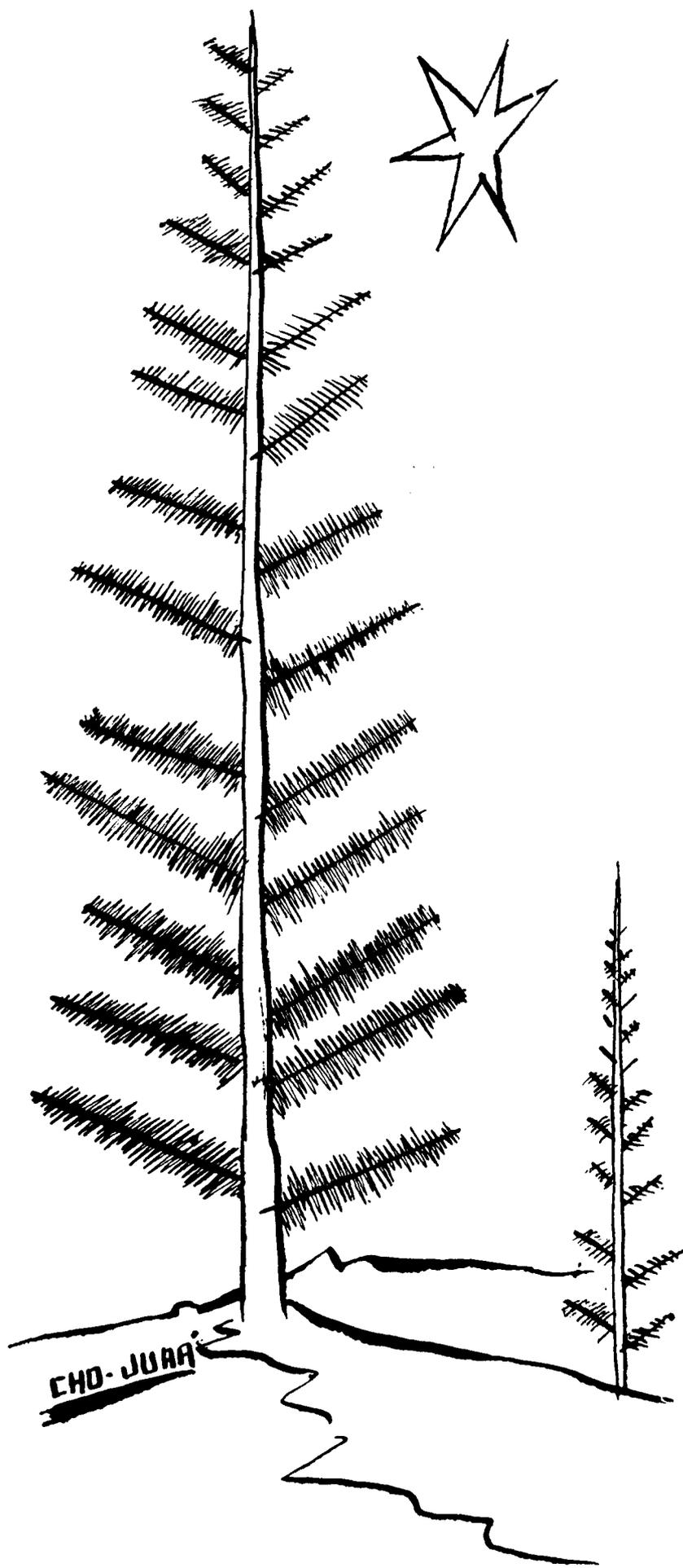
Cierto día, en ocasión de hallarse el Obispo rezando sus oraciones canónicas recogido en un aposento de su humilde morada, vinieron a avisarle que numerosos aborígenes solicitaban verle con urgencia. Era un grupo formado por pastores que habían llegado desde el agreste valle de Aterura, hoy llamado de Teror. Todos venían preocupados y en sus semblantes estaba reflejado algo que les preocupaba sobremanera.

Ya en presencia del Obispo, por medio de trujamán —que así se llamaban en aquel tiempo los intérpretes— explicaron el negocio que les había movido a salir de su territorio y llegar hasta el Real de Las Palmas, con la duda y el recelo de cómo serían recibidos en el mismo.

Ellos eran pastores que apacentaban sus ganados en el hermoso bosque de Aterura; mas hacía algunos días que sus ovejas y sus cabras se mostraban recelosas y se negaban a entrar en la arboleda y cuando se las obligaba a ello por medio de gritos, piedras y el acoso de los perros, de pronto, como si vieran algo sorprendente, los animales retrocedían espantados.

En el centro del bosque, como si fuera el rey de los muchos y variados árboles que lo poblaban, había un enorme y altísimo pino: un bellísimo ejemplar de esa especie privativa de las Islas Canarias conocido por Pino Canario y que los botánicos han calificado como la más notoria y singular de las muchas especies de pinos que se reparten por el mundo y por ello le han dado el nombre latino de *Pinus canariensis*.

Pues bien: los canarios, aquel día, le contaron al Obispo cosas maravillosas de este pino. Así dijeron que, cuando cerraba la noche, una estrella refulgente bajaba desde el cielo y se situaba sobre la punta más alta de la copa del pino; entonces todo el bosque resplandecía iluminado por un fulgor extraño y delicioso, de donde salían músicas y cánticos de infinitas voces. De pronto, como si fuera una rampa tendida desde el pino hasta el suelo, surgía, como por encantamiento, un camino por donde bajaba una bellísima mujer, muy joven, con un hermoso niño entre los brazos.



Al principio, ellos, los canarios, creyeron que el bosque estaba poseído por ciertos malos espíritus o demonios, que en su lengua llamaban “tibisenas”; pero pronto comprendieron que aque-

llos cánticos y músicas, aquellos resplandores y aquella linda señora con su niño, que todas las noches bajaba del misterioso árbol, donde parecía que moraba, para pasearse por el bosque, no podían ser obra de espíritus infernales y que, por el contrario, estaban convencidos de que era cosa del cielo y de aquel Dios, infinitamente bueno y poderoso, sobre cuya verdad predicaba el Obispo y los sacerdotes que con él estaban.

Por eso habían bajado desde la agreste comarca de Aterura hasta el Real de Las Palmas, para contárselo todo a Don Juan de Frías y rogarle que fuera con ellos al prodigioso bosque, porque aunque la isla aún no estaba dominada, ellos lo conducirían, lo defenderían y lo devolverían al campamento castellano sano y salvo, prometiéndolo con toda la fuerza y el valor que para los canarios tenía la palabra empeñada. Y así fue que el buen Obispo, que tanto amaba y tan bien conocía a los canarios, no dudó ni un momento en ir al bosque de Aterura a comprobar por sí mismo cual era la causa de aquellos milagros y enseguida dispuso su marcha a aquel lugar, metido en el mismo corazón de Gran Canaria, entre enormes montañas, barrancos y riscos, sin admitir escolta armada de soldados, sin más compañía que la de algunos clérigos de su servicio y la de aquellos pastores aborígenes a los cuales confiaba por entero su persona.

Todo un día caminaron por ásperos y agrestes terrenos, el Obispo y sus acompañantes, hasta que llegaron al borde de la hermosa selva de Aterura y sin pérdida de tiempo dispuso el prelado penetrar en la misma en derechura hacia el gigantesco pino, cuya enorme copa se divisaba sobresaliendo sobre todos los demás árboles, y como la fronda era espesa y enmarañada, los canarios iban abriéndole el camino al prelado cortando lianas y ramas a fuerza de diestros golpes de sus hachas de piedra.

Mas, cuando llegaron al pie del enorme pino, algo se divisaba que era distinto al conjunto de ramas y hojas del vegetal: algo que, situado sobre la robusta primera engajada, se entreveía, pero el espeso follaje no dejaba esclarecer. Entonces ordenó Don Juan de Frías que treparan el árbol dos de los canarios, y éstos, apartando y cortando ramas, dejaron a la vista de todos el inmenso prodigio: allí, sobre de una losa de piedra volcánica, bordeada de preciosos helechos,

estaba una bellísima imagen de la Virgen Santa María con el Niño Dios entre sus brazos; las ramas del pino habían crecido en su torno de tal manera que formaban una hornacina natural, en la que se cobijaba la imagen, y dos dragos pequeños —dos de esos extraños árboles de la flora canaria que cuando son grandes parecen dragones de múltiples cabezas encrestadas —milagrosamente crecidos sobre las ramas del pino, uno a cada lado, le daban guardia de honor.

Un solemne y sobrecogedor silencio se había hecho en el bosque: la brisa acalló sus murmullos entre las enramadas; los pájaros enmudecieron en sus trinos y las tórtolas dejaron de arrullarse sobre las copas de los árboles, mientras el Obispo y sus acompañantes caían de rodillas y daban gracias a Dios por aquel milagro y adoraban por primera vez a la sagrada imagen. Unos instantes después, el silencio fue roto por el propio Don Juan de Frías, que, alzándose sobre de un peñasco, hubo de proclamar para siempre:

Esta es Santa María del Pino, por todos los siglos; Reina y Madre de la Gran Canaria.

Y la voz del prelado resonó en el ámbito de aquellos riscos y fue llevada por el viento hasta el último confín de la isla y, tras ella, volvieron con más fuerza los agradables ruidos del bosque unidos al himno de acción de gracias que entonaban los clérigos; murmuró la brisa con más

bullas entre las enramadas, cantaron los pájaros como nunca y volvieron las tórtolas a arrullarse en las copas de los árboles; los pastores canarios hicieron sonar sus tamborillos y tañeron sus flautas de caña y bailaron entre saltos y “agigides” o gritos de júbilo.

Así fue la primera fiesta de Nuestra Señora del Pino, para ya celebrarse para siempre, año tras año, en la hoy villa de Teror, en el mismo lugar que ocupó el famoso bosque de Aterura. Porque ya sabéis que en cada ocho de septiembre, el pueblo de Gran Canaria acude a los pies de la Virgen del Pino para reverenciar a su madre y darle gracias por los infinitos favores y protección que de Ella recibe.



VIII

GRAN CANARIA CON CASTILLA Y ARAGON

Como la gran labor del Obispo Don Juan de Frías de atraer y convencer a los canarios para que se sometieran a la acción civilizadora de Castilla y abrazaran la religión cristiana continuó sin desmayo, muchos de estos naturales se sometieron en tal cantidad, que puede decirse que hacia el año de 1481, casi la mitad de la población aborigen de Gran Canaria se reconocía como súbditos de los Reyes Católicos.

Por esta época, algunos nobles o guayres fueron a la Península y tuvieron conversaciones con los reyes Don Fernando y Doña Isabel, que a la sazón se encontraban en la ciudad aragonesa de Calatayud, y firmaron un tratado con estos reyes y obtuvieron una cédula real por la que se les otorgaba todos los derechos y consideraciones de los hombres castellanos.

El guanarteme, que por entonces reinaba en Gáldar, que habría de ser el último monarca canario, y que tenía un nombre magníficamente sonoro, Tenesor Semidán, también hizo entrega de su persona, poco más o menos, por esta época e hizo viaje a la Península, postrándose ante el solio de los Reyes Católicos y haciéndoles plena y total sumisión de él mismo, de sus súbditos y de su isla de Gran Canaria y fue tan cordial la acogida que los reyes de Castilla le dispensaron que ordenaron disponer un asiento junto a sus tronos para que allí se sentara Tenesor Semidán. ¿Os dáis cuenta cual sería el bellissimo contraste de la figura, noble y fornida, de este rey pastor de Gran Canaria vestido con pieles y burdos tejidos de junco, junto al boato de la corte castellana en el que brillaban los brocados de oro y

plata, las relucientes sedas de vivos colores; las armas de los caballeros, los airosos plumachos de los pajes y las dalmáticas bordadas de los maceros?



Durante la estancia del guanarteme en la Península, fue instruido en la religión de Cristo y a poco bautizado, para cuya ceremonia el rey Don Fernando le regaló un traje a usanza castellana de seda color carmesí y fue su padrino el mismo Rey Católico, por lo cual Tenesor Semidán tomó su nombre, llamándose, de allí en adelante, Don Fernando Guanarteme. Ya sabéis que, en la hoy Ciudad de Las Palmas, hay una calle muy principal que lleva éste su nombre en su honor y su recuerdo.

Mas, a pesar de todo esto, otra parte de los naturales de Gran Canaria no estuvieron confor-

mes con esta sumisión a Castilla y, entonces, se rebelaron contra de su propio rey, o guanarteme. Los jefes de esta rebelión fueron: El Gran Faycán de Telde, Tasarte, y un joven muy valiente llamado Bentejuí.

Cuando Don Fernando Guanarteme volvió a Gran Canaria se encontró con esta dolorosa situación de su isla. Los rebeldes habían huído hacia las cumbres y lugares más enriscados haciéndose fuertes en ellos y se habían llevado con ellos a la Princesa Guayarmina: una bellísima adolescente, sobrina del guanarteme, quién tenía todo el derecho a reinar en la isla.

Entonces, tanto Don Juan de Frías como el gobernador Pedro de Vera y Don Fernando Guanarteme, acordaron que era necesario reducir a aquellos rebeldes por la fuerza para lograr la total pacificación de Gran Canaria.

El ejército castellano se reforzó con mucha gente de refresco y capitanes pertenecientes a muy ilustres familias de la Península como eran, entre otros:

Alonso Fernández de Lugo	Juan de Soria de Quintana
Hernán Pérez de Guzmán	Hernando de Carrión
Miguel de Trejo Carvajal	Jerónimo de Pineda
Cristóbal García del Castillo	Gonzalo de Aguilar
Juan de Siberio Lazcano	Pedro de Burgos
Miguel de Muxica	Diego de Zorita
y el alférez Alonso Jaimez de Sotomayor	

Por su parte, Don Fernando Guanarteme, también formó un ejército de unos quinientos canarios que le eran leales y puso al mando de ellos a muchos de los nobles o guayres de su corte que, una vez bautizados, tomaron nombres castellanos poniéndose por apellidos sus nombres aborígenes o la traducción en castellano de lo que significaban éstos. Así:

Bentaguayre	que se llamó	Antón de la Sierra
Maninidra	" "	Pedro Maninidra
Gedaragua	" "	Diego de Torres
Bentydagua	" "	Alonso Sánchez de Bentidagua
Utindara	" "	Juan de las Casas

De tal suerte, entre castellanos y canarios, se formó aquel nutrido ejército que no iba a conquistar la isla de Gran Canaria porque ésta no necesitaba de tal conquista ya que, desde aquel día que ciertos nobles aborígenes habían hecho un pacto con los Reyes Católicos de Calatayud y, sobre todo, desde que Tenesor Semidán hiciera acto de sumisión ante estos mismos reyes, Gran Canaria se había incorporado a la unidad política que se estaba formando con el nombre de España y ello con bastante antelación a Granada y Navarra. Aquel ejército no iba a luchar más que para someter a un grupo, más o menos numeroso, manifestado en rebeldía con su rey o guanarteme. Por eso:

Gran Canaria, no fue conquistada, sino élla misma incorporada a Castilla, por decisión de sus propios gobernantes.

Como resultado de todo esto hubieron muchas y grandes batallas en las que murieron muchos castellanos y canarios de uno y otro bando. Los canarios rebeldes, tercos y contumaces en su rebeldía a Don Fernando Guanarteme, alentados y guiados por aquellos dos temibles jefes, el viejo Faycán de Telde y el joven y valiente Bentejuí, saltando de montaña a montaña y pasando de risco en risco esquivando la persecución constante de aquel implacable ejército mixto de castellanos y canarios leales a su guanarteme en el que si mandaban los capitanes de guerra de Castilla también ordenaban los ministros o guayres y el rey canario en persona.

Un día que hubo una tremenda batalla entre ambos bandos, entre el gran Faycán, que estaba subido en todo lo alto de un risco, y Don Fernando Guanarteme, metido en un profundo barranco, a gritos que sobresalían del fragor de la lucha, hubo un corto pero muy expresivo diálogo:

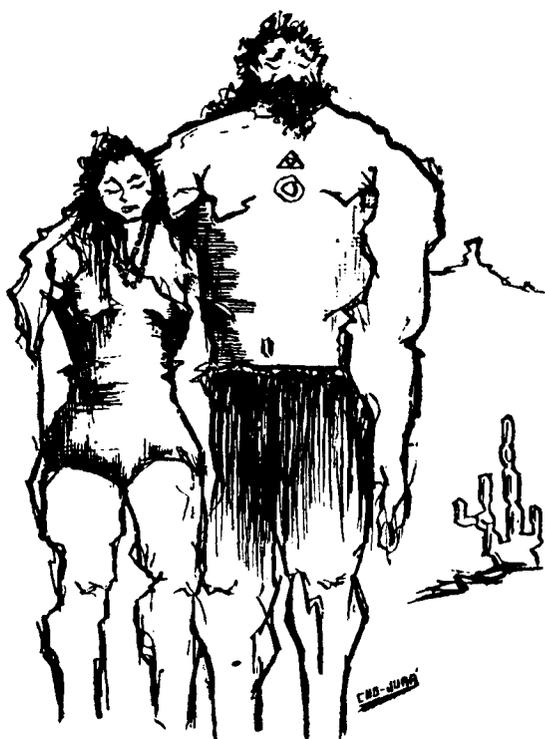
FAYCAN: — Guanarteme: Vente con nosotros, que hoy, te haremos nuevamente señor de nuestra isla!
¡Mira a Gran Canaria en pie sobre esos riscos!

GUANARTEME: — Yo he visto la cara del Rey y de la Reina de Castilla, y no quiera Dios, que yo sea traidor y desleal a mi palabra empeñada!

Por último, lleno de miseria y acosado por el hambre, dando tumbos por barrancos y mon-

tañas, llevando consigo a la gentil princesa Guayarmina como la única razón de su rebeldía por el derecho que ella tenía a reinar, fue a parar aquel grupo rebelde al amparo y cobijo del Monte Sagrado de Ansite —un imponente roque que, si alguna vez vais de excursión a Tirajana, podéis admirar levantándose, como una enorme fortaleza natural, en medio del barranco y junto con otro roque gemelo llamado Titana—. Allí fue también a perseguirle el ejército mixto de castellanos y canarios leales al guanarteme y, como las fortalezas de Ansite y Titana eran agrias y de difícil entrada, decidieron sitiarnos por hambre. Ellos los rebeldes, como tantos ejemplos de heroísmo colectivo hay en la historia, estaban dispuestos a morir antes que entregarse, pero un día, viendo y sintiendo Don Fernando Guanarteme, en su propia entraña, las desdichas de aquellos sus obcecados súbditos, subió solo a las fortalezas pudiendo convencerles, entre clamores y llantos, de que depusieran su actitud de rebeldía. Ellos pidieron únicamente que se les dejara recoger sus cosechas y sus ganados dispersos prometiendo ir, al término de estas faenas, al Real de Las Palmas para hacer acto solemne de sumisión.

Sólo, en lo alto del roque, habían dos hombres, que se negaban a entregarse: Eran Tasarte, el Faycán de Telde y el valiente Bentejuí, los cuales, abrazándose mutuamente, dando gritos de "ATIS TIRMA", terrible invocación de Guerra, se despeñaron por la gran fuga del risco.



Fue el 29 de Abril de 1483, cuando, bien de mañana, los centinelas que guardaban el Real de Las Palmas divisaron hacia la parte del Sur, una gran comitiva de gente aborigen que se acercaban al campamento ya transformado en ciudad. Se dio la alarma pero pronto se conoció que era gente de paz y que no eran otros que los canarios que en Ansite habían prometido hacer entrega solemne de sus personas. Ellos venían tristes, macilentos y derrotados en sus primitivas vestiduras de pieles y juncos, pero con continente digno y noble y a su frente traían, recostada graciosamente sobre unas parihuelas, que sobre sus hombros portaban nobles guerreros de largas y onduladas cabelleras rubias, la gentil Princesa Guayarmina, y llegados ante el Obispo Don Juan de Frías, Don Fernando Guanarteme y el Gobernador Pedro de Vera, que habían salido a recibirles, hicieron entrega de la princesa y sus personas, mientras uno de aquellos nobles guerreros decía en voz alta:

He aquí que unos hombres, que vivieron libres en esta dichosa tierra, hacen acto de sumisión a los poderosos Reyes de Castilla y Aragón y esperan ser respetados en sus libertades.

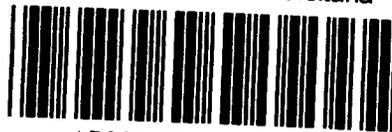
Entonces el alférez Alonso Jaimez de Sotomayor, subido en lo alto de un torreón, tremoló el pendón gritando a los cuatro puntos cardinales:

La Gran Canaria, por los muy altos señores Don Fernando y Doña Isabel, Rey y Reina de Castilla y Aragón.

El obispo Don Juan de Frías, lleno de júbilo y amor a sus canarios, los abrazó a todos y cada uno y daba gracias a aquella virgencita aparecida en el pino de la selva de Aterura.

¿Y sabéis una cosa? Como suele suceder en todos los cuentos de princesas, un apuesto capitán, el más joven de los venidos de Castilla, Hernán Pérez de Guzmán, perteneciente a una nobilísima familia andaluza, quedó prendado de la Princesa Guayarmina y la solicitó en matrimonio y, de allí a poco, se casaron y este matrimonio fue el símbolo de la estrecha unión de Gran Canaria con su madre Castilla.

ULPGC.Biblioteca Universitaria



780022

BIG 860-3 RIO lec

